

## Hagamos un “parao” en la lectura de “Tras la Virtud”

9 de Abril de 2014

José J. Contreras

Llevamos ya dos años en la lectura de “Tras la Virtud” y estamos terminando la que considero es la Primera Sección del libro. Quizá es momento de hacer un “parao”, recordar por qué empezamos a hacer esta lectura, recordar los argumentos que se han venido desplegando y entonces ver cómo -los argumentos- responden a las inquietudes que dieron pie a la lectura de este interesante tratado de Filosofía Moral.

Según nos dice Alasdair MacIntyre, la época actual es dominada por una teoría moral que él llama el “emotivismo”. Según el “emotivismo” no existe tal cosa como un “bien”, ni tal cosa como un “bien común”. Lo que existen son proposiciones morales que, expresadas de manera impersonal, esconden las preferencias particulares de una persona o un grupo de personas. De ser esto cierto entonces surgen dos cuestionamientos lapidarios para nuestro quehacer cenditelita.

- En primer lugar, se convierte en un completo sinsentido la propuesta originaria de Cenditel como un centro que procura la restauración del conocimiento como un bien de carácter “público”. Ello es un sinsentido porque desde el emotivismo no hay tal cosa como un “bien público”. Es decir, un bien que es común a todos. En consecuencia, la proposición originaria de Cenditel no es más que una expresión de alguna preferencia particular.
- En segundo lugar, si el emotivismo es correcto entonces el quehacer del proyecto de “Calidad del desarrollo del Software” es también un sinsentido. Lo es porque un proyecto de *Calidad* busca precisamente velar por el cuidado y progresivo mejoramiento de los estándares del desarrollo de una práctica, en nuestro caso, de la práctica del desarrollo del software. Esto quiere decir, que el proyecto de *calidad* vela por el *buen* hacer del desarrollo de software. Pero si no existe un “bien” en cuanto tal, este proyecto no hará más que expresar algún tipo de preferencia particular ocultada tras un velo de “neutralidad” o de “veracidad científica”. Si el emotivismo es cierto, nuestro proyecto de *calidad* es una máscara que oculta intereses particulares no confesados.

Estos dos cuestionamientos nos motivaron a comenzar esta lectura. Desde la perspectiva macinteriana el primer cuestionamiento indaga en torno al “bien” de nuestro quehacer en tanto que institución pública. El segundo cuestionamiento, de igual importancia al anterior, pregunta por los bienes internos de nuestra práctica de desarrollo de software.

Varias personas se han unido al equipo de lectura, la mayoría se ha retirado al tener cosas más importantes que hacer. Tres nos hemos mantenido. Yo, particularmente, me he quedado para ver si al culminar este libro puedo responder no sólo las dos preguntas anteriormente mencionadas sino también, qué tipo de gerencia es pertinente para una institución que a principios del siglo XXI se plantea la defensa del conocimiento como un bien de carácter público o si el mandado originario de Cenditel no es más que un completo desatino.

En mi opinión, el libro está dividido en tres secciones principales. La primera abarca desde el primer capítulo hasta el capítulo ocho y se dedica a indagar en torno al emotivismo. La segunda sección abarca

desde el capítulo nueve hasta el trece en el cual muestra tres contextos históricos en los que las virtudes cobraban pleno sentido. La última sección, la tercera, comienza en el capítulo catorce y se dedica a presentar una teoría sobre las virtudes y su actualidad.

El libro comienza con un cuento, una metáfora quizá, que sirve de abreboca para acompañarnos en todo el recorrido. A partir del capítulo segundo la primera sección podríamos dividirla en tres partes. La primera parte abarca los capítulos dos y tres y caracteriza al emotivismo. La segunda parte abarca los capítulos cuatro, cinco y seis y muestra las condiciones históricas de posibilidad que permitieron el advenimiento del emotivismo y algunas de sus consecuencias de fondo. La última parte abarca los capítulos siete y ocho y caracterizan uno de los personajes emblemáticos del emotivismo: el gerente. Intentaremos hacer un breve resumen de esta primera sección.

En el capítulo uno el autor nos hace una sugerencia inquietante. Nos sugiere que imaginemos un mundo en el que las ciencias naturales sufren una catástrofe en la que luego de una serie de sucesos desafortunados la gente termina culpando a la ciencia y procediendo a quemar libros e instituciones, linchar científicos y olvidar la ciencia. Un tiempo más tarde, algunas personas intentan restaurar el conocimiento científico, revisando hojas sueltas, pedazos de libros, memorias sobre teorías... Pero, aunque logran rescatar una que otra cosa, no van a poder lograr entender el contexto de significado en el que las ciencias naturales adquieren sentido pleno. Habría un fuerte grado de arbitrariedad en el uso de términos científicos por estos restauradores. La proposición de MacIntyre es que el discurso moral se encuentra actualmente en una situación similar a la de estos restauradores de la metáfora.

Dice MacIntyre en este primer capítulo que un prerrequisito para entender nuestro presente es entender su historia. Si volvemos a la metáfora, “entender esta historia” consistiría en desplegar el primer estadio en el cual las ciencias naturales florecieron. Luego, en un segundo estadio, mostrar la catástrofe que sufrieron las ciencias naturales y en un tercer estadio distinguir cómo se intentó realizar la restauración. Creo que el autor ha comenzado en esta primera sección por estos dos últimos estadios.

Entramos así en la primera parte de la primera sección. Aquí comienza por mostrarnos que el discurso moral de nuestro tiempo no halla solución a los problemas morales. La discusión se enfrasca en situaciones de inconmensurabilidad que imposibilitan una solución moral. Cuando el autor busca el fundamento de esta situación lo consigue en una filosofía moral que él llama el “emotivismo”. El “emotivismo” es la doctrina que sostiene que todos los juicios evaluativos y, más específicamente, todos los juicios morales no son más que expresiones de preferencia, expresiones de actitud o sentimiento. Sin embargo, estos juicios se presentan con carácter moral e impersonal. Muy importante a tomar en cuenta aquí es que estas expresiones morales procuran producir efectos en otros.

Es importante tomar en cuenta que el “emotivismo” no se ve a sí mismo como una teoría temporal, de carácter histórico. Se entiende universal y considera que todo intento, tanto en el pasado como en el presente, de lograr una justificación racional para la moralidad ha fracasado y debe fracasar.

Nos embarcamos así en el capítulo tres a entender un poco el contenido y el contexto social del emotivismo. El principal contenido social del emotivismo es que no hace distinción alguna entre las relaciones de manipulación y las que no. Los otros son siempre medios para mis fines, jamás fines en sí mismos como lo creían muchos ilustrados como Kant.

El autor pasa así a presentar tres personajes que considera central para la sociedad emotivista. Ellos

son: el rico esteta, el gerente y el terapeuta. El primero, el rico esteta, establece los fines y no sopesa los medios para alcanzarlos. El segundo, el gerente, está inmerso en la burocracia organizacional, no cuestiona los fines y maneja los medios para alcanzar esos fines. El tercero, el terapeuta, elimina (olvida) la diferencia entre una relación de manipulación o no en la esfera personal.

Otro punto de importancia en el emotivismo es que el “yo” emotivista es uno sin una posición estática o fija. El “yo” emotivista es esa unidad que se mantiene en el camino hacia la concreción de fines que él mismo establece o cree establecer. En esto contrasta claramente con sociedades tradicionales en el que el “yo” es conformado totalmente, o al menos parcialmente, por la posición social que define de antemano sus obligaciones y deberes. Más allá de esa “unidad en el camino” en el emotivismo no hay más nada. Es por esta razón que algunos ven este “yo” con un halo fantasmagórico. Estos dos temas, el de los personajes emblemáticos y el “yo” del emotivismo, serán retomados nuevamente más tarde en el libro.

Entra así en la segunda parte de la primera sección en la que intentará mostrar las condiciones históricas de posibilidad para el advenimiento del “emotivismo”. Importante dejar claro desde el principio que el “emotivismo” no proviene como resultado de un proyecto histórico de construcción y concreción emotivista. No, el “emotivismo” surge como resultado del fracaso del proyecto de la Ilustración, en particular, del fracaso del proyecto de la Ilustración en su propósito de justificar racionalmente la moralidad.

El capítulo cuatro comienza mostrándonos la muy reciente aparición del sentido de la palabra “moralidad” tal y como la entendemos en nuestro presente. Los primeros usos de la palabra “moral” en Inglés aluden al sentido de la palabra “moraleja”. Entre los siglos XVI y XVII empieza a tener un sentido más parecido al actual y de hecho a finales del siglo XVII se restringe casi exclusivamente a la conducta sexual. Fue en ese período que va desde 1630 hasta 1850 que finalmente “moralidad” termina aludiendo a esa esfera en la que ciertas reglas de conducta que no son ni teleológicas, ni legales, ni estéticas adquieren un espacio cultural por sí mismas.

El autor comienza así a mostrar algunos de los autores más importantes de la Ilustración y sus intentos por lograr una justificación racional de la moralidad. MacIntyre nos dicen que tanto Kierkegaard, como Kant, como Diderot terminan procuran justificar racionalmente máximas de conducta moral, sin éxito. No lograban darse cuenta estos autores, nos dice MacIntyre, que en todos sus intentos lo que estaba de fondo era la tradición protestante en la cual ellos fueron criados (en el caso de Diderot era la moral católica Jansenista). “Kant never doubted for a moment that the maxims which he had learnt from his own virtuous parents were those which had to be vindicated by a rational test”.

En el capítulo cinco el autor resume el fracaso ilustrado de justificación racional de la moralidad en lo siguiente. El esquema moral tradicional consiste en tres elementos fundamentales. El primero es una concepción del “ser humano su estado natural”. El segundo es una concepción del “ser humano como podría ser si realizara su telos”. El tercer elemento alude a los preceptos de ética racional que permitirían transitar del estado natural originario al de realización del telos. En la Ilustración se contaba con una visión del ser humano en su estado natural originario pero no se tenía una visión del ser humano realizado en su telos. En consecuencia, los preceptos éticos perdían su sentido de ayudar a transitar de un estadio originario a uno de realización. Fue así como las reglas éticas que quedaron fueron las de la tradición protestante, pero las cuales eran ajenas al contexto cultural propiamente ilustrado.

Aparecen así tres elementos que se hacen centrales en esa sociedad que va surgiendo a partir del fracaso de justificación racional de la moralidad: el derecho, la protesta y el desenmascaramiento.

El concepto de “derecho” tal y como lo entendemos actualmente no tiene justificación racional alguna. No se tratan de los “derechos” ilustrados que procuraban posibilitar el ejercicio racional, son aquellos que se consideran propios del ser humano y contra los cuales no puede interferirse. Estos “derechos” son presentados como verdades autoevidentes o “intuiciones”.

La “protesta” también juega un papel central en esta sociedad. Originalmente el concepto de “protesta” traía consigo elementos tanto positivos como negativos. Los elementos “positivos” aluden a dar testimonio de algo y, como consecuencia de este testimonio positivo, se atestigua contra algo más. Es el sentido, creo yo, del “protestantismo” y que vemos todavía con fuerza en la prédica de las iglesias pentecostales.

Sin embargo, en la actualidad la “protesta” tiene un sentido casi enteramente negativo. Ocurre siempre en función de la invasión que alguien realiza contra los derechos de otro en función del mejoramiento de su utilidad. Sin embargo, la inconmensurabilidad de uno u otro argumento moral trae consigo que los que protestan nunca pueden terminar ganando un argumento. Tampoco lo pueden hacer los protestados. Así que los protestantes terminan compartiendo su discurso con aquellos que ya previamente comparten su punto de vista. No existe aquí posibilidad de convencimiento gracias a una discusión racional de argumentos.

Finalmente, se hace obvio la pertinencia del concepto del “desenmascaramiento” desde la sociedad emotivista. Gran parte de la discusión tanto filosófica como política lo que procura es desenmascarar las voluntades arbitrarias y desconocidas que se esconden tras máscaras de moralidad. Creo que estos tres conceptos (derechos, protestas y desenmascaramiento) sirven de linderos para entender las luchas de la izquierda de estas últimas décadas.

El autor vuelve aquí al tema de los personajes emblemáticos del emotivismo. Nos dice que el rico esteta es el que menos termina siendo víctima porque es terriblemente escurridizo. Buscando placer va de aquí a allá. Cambiando una cosa por la otra sin necesidad de justificación el rico esteta puede buscar placer en la lectura de Kierkegaard o en el alcohol y si se siente en desesperación terminará buscando a un terapeuta.

El terapeuta, de manera contrastante, es el es más propenso a ser engañado. Han habido críticas hostiles y devastadoras de las teorías terapéuticas estándares y cada escuela está ansiosa por mostrar los defectos teóricos de la escuela rival. Sin embargo, llama la atención como las prácticas de terapia continúan teniendo lugar como si ninguna crítica hubiese pasado.

Llegamos aquí al gerente, que es el personaje al que MacIntyre dedicará la parte final de esta sección y que en su opinión es la figura dominante de la escena contemporánea. Más que cualquier otro el gerente se presenta como moralmente neutro y cuyas habilidades le permiten manipular los medios de manera eficiente para alcanzar los fines propuestos (sin importar cuáles ellos sean). Los gerentes son aquellos que logran “experticia” suficiente para alcanzar efectividad.

Esta experticia es posibilitada gracias a dos afirmaciones. La primera considera que existe un dominio

de “hechos” facticamente neutros y sobre el manejo de los cuales el gerente es experto. La segunda considera que hay generalizaciones que sirven como leyes y que pueden ser aplicadas a casos particulares. Entramos así a la última parte de esta primera sección de “Tras la Virtud”.

Es importante traer a colación aquí lo importante que es para la Ilustración la diferencia entre lo que *parece ser* y lo que *es*. Esta distinción es crucial porque el “hecho” pasa a considerarse lo que realmente *es* y no lo que *parece ser*. Ocurre también que durante esta época la llamada “causa eficiente” de la Edad Media se convierte en la única causa. Y la causa eficiente es aquella que actúa desde “afuera” y produce un efecto. Nos referimos aquí a la visión de causa propia del mecanicismo y que domina desde la primera ley de Newton.

Este modo de entender la “causa” trae consecuencias interesantísimas en el modo de concebir la acción humana porque de entrada debería eliminarse la “intencionalidad” de la acción humana. Así que MacIntyre nos muestra cómo el “hecho” pasa a concebirse en la acción humana como la acción libre de valores. Se exorciza el “deber ser” del “ser”. La acción es lo que es, sin tomar en cuenta lo que ella debería ser. “Un cuerpo de masa  $x$  cae desde una altura  $h$ ”, eso es un hecho. Si decimos que fue “una niña gordita que se suicidó lanzándose desde el viaducto Campo Elías de Mérida luego de constantes burlas en la escuela” estamos contaminando el “hecho”.

MacIntyre nos dice que Marx ya se había percatado que la explicación mecanicista ilustrada de la acción humana trae consigo dos tesis. Una según la cual el comportamiento humano es predecible y otra que se pregunta por los modos apropiados de manipular la conducta humana. Se trata así de una auténtica tecnología de la conducta humana<sup>1</sup>.

Desde esta visión aparece la figura del “funcionario burocrático” también conocido como el “servidor público”. El funcionario, se supone, cuenta con el conocimiento para ser “experto”. En otras palabras, el servidor tiene experticia. Tanto los servidores públicos como los gerentes justifican su actuación porque ellos invocan sus competencias como gerentes científicos del cambio social.

El gerente es así aquel que cuenta con el conocimiento suficiente para conocer los “hechos” tal y cual son (pueden explicar lo que son y no de lo que parecen ser) y así cuentan con la experticia suficiente para manipular los medios, lo cual incluye la manipulación de la acción del recurso humano, para alcanzar los fines de la organización a través de la aplicación de pseudo-leyes científicas.

Entramos así al último capítulo de la primera sección “El carácter de las generalizaciones de las ciencias sociales y su carencia de poder predictivo”. MacIntyre comienza por mostrar que las pseudo-leyes de las ciencias sociales cuentan con tres notables características. La primera es que coexisten con múltiples contraejemplos sin que por ello parecieran afectadas. Recordemos que desde las ciencias naturales un solo contraejemplo es suficiente para invalidar una teoría.

La segunda característica es que carecen tanto de cuantificadores universales como de modificadores

---

1 MacIntyre refiere explícitamente a la tercera tesis de Feuerbach la cual dice: “La teoría materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, y de que por tanto, los hombres modificados son producto de circunstancias distintas y de una educación modificada, olvida que son los hombres, precisamente, los que hacen que cambien las circunstancias y que el propio educador necesita ser educado... La coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como práctica revolucionaria.”

de rango. El autor muestra cómo en las ecuaciones de la ley de gases se establecen un cierto rango dentro del cual la ley se cumple. Este rango está delimitado con suficiente exactitud. Fuera de ese rango es bien conocido que la ley no se cumple. La tercera característica es que no cuentan con un conjunto bien definido de condicionales contrafactuales, del tipo “si-entonces”, que nos permitan aplicar la pseudo-ley en otros casos con suficiente generalidad.

MacIntyre regresa así a los inicios de la Ilustración y trae a colación a Maquiavelo quien incorpora el concepto de “Fortuna”. Maquiavelo, así como muchos pensadores de la antigüedad, consideraba que la Fortuna era ineliminable de toda situación humana. En este mismo sentido, MacIntyre introduce cuatro fuentes sistemáticas de impredecibilidad en lo asuntos humanos. La primera fuente es la de la “invención radical”. Una invención radical no puede ser predicha porque si ella es predicha está siendo inventada. Si en la Era de Piedra alguien hubiese predicho la invención de la rueda, ese alguien hubiese estado inventando la rueda. Así que la innovación radical no se puede predecir.

El segundo tipo de impredecibilidad es bastante obvio. Si yo predigo cuál va a ser la decisión que tomaré en el futuro en cierta circunstancia, estoy tomando la decisión. No es que la estoy prediciendo, la estoy tomando. El asunto se complica también porque toda situación proviene del devenir de situaciones tremendamente complejas que pueden hacer que ante circunstancias parecidas las decisiones sean distintas. Esta complejidad no es predecible.

El tercer tipo de impredecibilidad alude a las situaciones de juego. En un juego, el jugador siempre buscará hacerse impredecible por el otro. Esto, aunado al hecho de que en toda situación no se cuenta con información perfecta, hace que todo jugador busque confundir al adversario. Por si fuera poco nos encontramos con que en cualquier situación humana no se está jugando un solo juego sino que hay múltiples juegos ocurriendo al mismo tiempo. Por esta razón un jugador no puede conocer los múltiples juegos que están jugando los demás jugadores y que pueden afectar las decisiones del juego o los juegos en los que estamos coincidiendo.

Por último, encontramos la contingencia, la más cercana a la Fortuna de Maquiavelo. La contingencia puede cambiar todo. Una gripe que afectó a Napoleón marcó el resultado de la Batalla de Waterloo. La belleza de Cleopatra terminó con la expansión del Imperio Romano.

Sin embargo, es necesario también resaltar que existen fuentes de predictibilidad de la acción humana. Por ejemplo:

- La necesidad de coordinar acciones en conjunto
- Las regularidades estadísticas de muchos fenómenos (que no significa necesariamente su explicabilidad).
- El conocimiento de ciertas regularidades causales de la naturaleza.
- El conocimiento de ciertas regularidades causales de la vida social.

De esta manera, la vida humana pareciese enmarcarse en este continuo en el que la impredecibilidad y la predictibilidad coexisten marcando todo el quehacer humano. Esto, asoma el autor, marca la búsqueda de sentido de la vida aunque por ahora no diga más nada al respecto.

Esta carencia de predictibilidad mina los fundamentos de las ciencias sociales y sus pseudo-leyes. En

consecuencia, las posibilidades científicas del gerente para afectar los “hechos” manipulando los medios y las acciones humanas para alcanzar los fines previamente calculados son falsas. MacIntyre nos dice que la autoridad del gerente no yace en su conocimiento científico sino en sus capacidades histriónicas para mostrarse como si fuese un burócrata efectivo, un experto. Puede verse aquí cómo el emotivismo se refleja en este personaje, que manipula abiertamente (para eso le pagan), tras la máscara de un conocimiento pseudo-científico.

El gerente no se percata, necesariamente, de este asunto. Él está más allá del bien y del mal: es emotivista.

